

**PAZ HINOJOSA MELLADO**

# **POETAS COMO DIOSSES**



La Fea Burguesía  
— EDICIONES —

MURCIA, 2020

La editorial es consciente de la necesidad  
de los recursos naturales para consumir cultura  
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,  
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje  
de el Horno en Cieza (Murcia)



“Poetas como dioses”

© Paz Hinojosa Mellado, 2020

© La Fea Burguesía Ediciones, 2020

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

[www.lafeaburguesia.es](http://www.lafeaburguesia.es)

Diseño cubierta y maquetación:  
Fernando Fernández Villa  
y Gloria López Corbalán

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978 84 120327 5 8

Depósito legal: MU 217-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra

# Índice

Lo que le ocurrió al profesor Alas tras una clase .....	11
La nostalgia de Olalla .....	23
La lectora .....	31
El regalo de las musas .....	43
Los versos del poeta .....	53
Las bases del concurso .....	63
Evocaciones .....	77
Un desenlace inesperado .....	93
Mi musa .....	101
Pequeña esfera .....	107
Carta de Dulcinea .....	117
Mutilación .....	123
Omniscencia .....	129
Un palpitar de acuario .....	133
Vivir del cuento .....	137
Los escritos de Ana .....	141
Amor y géneros literarios .....	145



A mis hijos  
A Pedro



LO QUE LE OCURRIÓ AL PROFESOR ALAS  
TRAS UNA CLASE





La primavera penetraba por la terraza anexa al Aula Jorge Guillén de la Facultad de Letras. Los alumnos de segundo de Hispánicas eran unos privilegiados que entre la clase de Latín y la de Literatura podían asomarse aquella tarde a contemplar las flores del jacarandá, aspirar su aroma y dejar que se evaporaran los efluvios de las áridas declinaciones para permitir el paso a los poemas.

Ahora tocaba Teoría de la Literatura, precisamente, qué suerte, con el mejor profesor de Letras, don Alonso Alas. La primavera continuaba, persistente, invadiendo el espacio de una luz que se deshilachaba sobre las mesas, las sillas, la papelera, el tablón de corcho en el que el delegado clavaba con una chincheta el calendario de exámenes (para el próximo jueves, Historia del Teatro II) y en donde se acumulaban los anuncios: compro apuntes de Lingüística, vendo moto en buen estado, *Lingua*, la mejor academia de idiomas, precios reducidos para estudiantes.

En esa clase analizaron el cuento más famoso de uno de los mejores autores contemporáneos. Habían leído, y habían gozado, y habían crecido todos. O eso, al menos, pensaba el profesor.

Al acabar, Alonso Alas sostuvo el relato con veneración, lo alzó para mostrarlo a la clase y después lo

compartió con todos. El cuento es redondo como una naranja, y la clase, en silencio, ha comulgado y ha saboreado los gajos. Algunos relamían las gotas de jugo que han quedado entre sus labios.

Habían examinado a fondo la narración, y las isotopías fluían por doquier. El profesor la había puesto del revés, le había volteado los bolsillos y había mirado con lupa cada viruta desprendida. Habían diseccionado campos semánticos, tropos, metáforas, y, pese a esa exhaustividad, la emoción de la Literatura seguía allí latente. El cuento estaba vivo y coleando, y también la clase en pleno cobró vida.

Las faldas de las alumnas crujían (bueno, no podían crujir, porque todas llevaban pantalones, pero alguna licencia poética sí podemos permitirnos) al removerse sus dueñas en los asientos. Un rumor callado, de alondras dispuestas a iniciar el vuelo, comenzó a bullir desde el fondo del aula.

Luis, el hippy de la tercera fila con ínfulas de escritor, supo que se había enamorado de María, y la doncella fue feliz, porque llevaba un año prendada del caballero, y Lambra adivinó que todos sus compañeros la amaban un poco (o mucho, como en el caso de Julián Jiménez), y Andrés, el pelirrojo que estaba cursando también Historia, valoró el privilegio de compartir esos instantes, y se sintió invadido por oleadas de nostalgia, pensando en un futuro carente de compañeros, de traducciones de Latín y de comentarios de texto, de clases magistrales y de catedráticos que almacenaban en sus carteras apuntes amarillentos como pergaminos.

Amalia aprovechó la pausa para acercarse al profesor y entregarle un comentario de texto. Portaba un temblor en la mano que se agitaba como un gorrion. Moviéndose con cuidado, como si estuviera

trasladando una porcelana, se inclina oferente con su escrito, sostenido delicadamente entre sus dedos.

Clara, la que llegaba siempre con retraso, haciéndose perdonar con su sonrisa de niña buena, suspiró desde el fondo del aula. Estaba enamorada del profesor desde el primer día que le vio entrar en el aula, con esa barbita recortada. También sus amigas Inés y Olvido sentían algo hacia el doctor Alas, ¿cómo describirlo? Tal vez no sea amor, o quizás lo sea solo en ocasiones, cuando recita poesías subido en su tarima, y se le nota que tiene un nudo en la garganta, y entonces las alumnas, y algunos chicos, los más sensibles, dejan escapar unas lágrimas, porque ya no pueden reprimir más la emoción.

Algunos, como Amanda Jiménez, aseguran que el mismo profesor levita en ocasiones después de esas lecturas. Ella siempre tomaba buena nota de las declaraciones y gestos de su admirado maestro, pues soñaba con ser profesora como él y con crear clases mágicas.

La primavera murciana trae siempre aroma a azahar y una luz que sigue entrando a raudales en el aula y se detiene, palpitante, en cada rincón. El profesor pasea entre las mesas; camina siempre elevado a un palmo del suelo, perdido en las alturas de su saber.

Desde el fondo del aula (¿o era del alma?) don Alonso volvió a su tarima para continuar hablando, y su discurso convocó a todos, incluso a los distraídos que pensaban en sus cosas, la discoteca del sábado, el partido del domingo, un vendido el árbitro. La clase se dio cuenta de que la voz del profesor se abovedaba para cobijarlos a todos, y bajo aquella cúpula se elevaban los estudiantes como catedrales góticas. Las palabras se tensaban, se alzaban

enhiestas en busca de quién sabe qué remotas regiones.

Alonso Alas hablaba del germen de otro cuento, de muñecas rusas, porque dentro de un relato había otro. A él le impresionaba el personaje del profesor que, desencantado, enciende una cerilla en su biblioteca y arde entre sus libros. Sublime final. Solo superable por morir creando.

A Germán le pareció que estaban todos dentro de un cuento, y que de ese relato podría también nacer otro, y se vio a sí mismo reflejado en mil espejos y en mil textos, mientras que a la vez una serie de muñecas rusas se abría sin cesar, dando paso a otras, cada vez más pequeñas que se expandían nuevamente hasta el infinito.

Elisa supo en aquel momento que ella sería escritora, y que en esos instantes latía un cuento, que todo aquello que estaban viviendo saldría a la luz en forma de historia, pero también adivinó que nada sería igual, porque la luz se fragmentaba en átomos, se aposentaba en los bancos, aureolaba la cabeza del profesor, y todos aparecían ahora nimbados de un halo de claridad, y a ver cómo las palabras venideras, por ágiles y flexibles que fueran, conseguirían describir ese fulgor desgastado y mezclado con polvo de tiza que irradiaban los pupitres, la pizarra, la mesa del profesor; nadie sabía si el destello era un reflejo de la luz del ventanal o era el fuego interno que encerraban los objetos, y que nunca antes de aquel cuento y de aquella clase persona alguna había percibido. Se imaginó en el futuro, lápiz en mano, trazando el itinerario que la luz recorría en el aula.

Ay, pero la escritura también acarrea sufrimiento, bien lo sabía el profesor, tímido ante la hoja en blanco como delante de una mujer. El dolor y el pla-

cer se funden en el proceso de creación. ¿Quién podría imaginar a cuántas dificultades se enfrentaba él, encerrado en su despacho, tratando de pergeñar una historia? Sin embargo... cuánto gozo también, cuando encontraba el tono adecuado para un relato, o la voz narrativa conveniente, o el vocablo justo en un poema, qué maravilla. Algunas veces, las musas eran propicias, y un cuento podía fluir en dos días; la mayoría de las veces, en cambio, el proceso era mucho más lento, y en el camino quedaban muchos folios en la papelera.

Él era muy perfeccionista, por eso solo había publicado un libro de cuentos, y, en cuanto a sus poesías, estaban diseminadas aquí y allá, en diferentes revistas. Los críticos le llamaban el *culturalista sincero*. Sus obras constituían un *collage* de alusiones literarias, de lecturas que habían dejado un poso en él; ahora bien, en ningún momento llegaba a ser pedante, más bien su obra dejaba asomarse al lector a un fragmento de la biografía de Alonso Alas. Lo que ocurría es que sus experiencias eran los libros, los conciertos de música clásica, las traducciones de griego —a las que era muy aficionado—, la poesía.

El profesor, como saben todos en la Facultad, no estaba casado, ni se había enamorado nunca, porque las mujeres reales no se parecen a las de la Literatura. Tal vez Lambra... quién sabe, quizás ella, siempre hay alguna que invade el espacio con su gracia, y aloja sin pretenderlo su hermosura en la retina que la contempla, y puede conmovir las miradas ajenas, y sobre todo, inspirar cuentos. Lambra, la de la *stilnovista* mirada, la que cuando camina aladamente atrae todos los ojos sobre ella.

La lectura, al contrario de la escritura, siempre es placentera, y transmitirla a los alumnos

también. Las palabras le brotaban como nunca en aquella clase, mientras él intentaba verter las sensaciones producidas por el cuento, unidas, claro está, porque su hora de clase no podía consistir en una crítica impresionista, a un análisis de su estructura y de sus recursos poéticos. El profesor valora, ni qué decir tiene, el Saber, el Conocimiento y la Belleza.

Y mientras el profesor hablaba, en el silencio solo se escuchaba un susurro de voces silentes que escuchaban. Alguien, tal vez Lorenzo Herrera, que solía sentarse en esa zona, entornó la puerta de madera por la que se accedía a la terraza para conferir algo más de intimidad a la clase.

Olalla quiso detener el instante. Cerró los ojos tratando de atrapar en su memoria aquel conglomerado de palabras y hebras de luz, consciente de que nunca experimentaría un gozo igual.

También María se dio cuenta de que ese momento era delicado, algo tan efímero, Dios mío, o tal vez era el cuento el que parecía tan quebradizo que necesitaba un biombo para ser protegido de quién sabe qué vientos capaces de derribarlo. ¿No podría alguien, deprisa, traerlo? Pero Javier López, sentado a su lado, sabía que el tiempo huye inexorablemente, así que solo quedaba atenerse al *carpe diem*.

Los rayos de sol entraban ya algo remolones, como desganados, y se desmadejaban por las baldosas, mezclando su oro viejo con las motas de polvo que flotaban. Comenzó un rumor de libros que se cerraban, de bolígrafos cubiertos por sus capuchas y de carpetas de apuntes clausuradas hasta el día siguiente, ¿tú dónde vas ahora? ¿Vemos la película del cineclub? Luego podemos quedar en la pizzería con Sandra y las demás.

Cuando acabó la clase, la mayoría de los estudiantes se quedaron remoloneando un poco en el jardincillo del campus. Algunos descansaban en las escaleras, exponiendo sus rostros al ya tibio sol del atardecer, envueltos aún por esa atmósfera de cuento que había creado el profesor. Otros se congregaban bajo el jacarandá, que sembraba de flores malvas el suelo, y comentaban la última lectura o criticaban a los profesores. Andrea, que aspiraba a conseguir una beca predoctoral cuando acabara la carrera, corrió a encerrarse en la biblioteca para preparar el próximo examen. Por eso ella no pudo contemplar aquel suceso que dejó a todos estupefactos, y del que todavía hoy se sigue hablando en los corrillos de claustales. Tampoco se enteraron los de la Comisión de Fiestas, que andaban de gestiones con el rector, allá en su despacho del edificio de la Convalecencia, ni algunos que hacían cola delante de la puerta de Ginés Ayuso para preguntarle algunas dudas, porque su asignatura era un hueso y estaban ya, qué nervios, en la quinta convocatoria.

El profesor se había retirado a su despacho para trabajar hasta que anoheciera. En aquella época estaba enfrascado en la creación de un cuento-poema con el que pretendía alcanzar la Verdad. Las paredes del habitáculo aparecían rebosantes de libros, con aspecto de haber sido leídos y consultados cientos de veces.

También en su casa miles de volúmenes habían invadido su estudio, el salón, el dormitorio y hasta la cocina. Se sentía protegido por esos compañeros, tan fieles durante toda su vida. Muchas veces, aquejado de insomnio, se levantaba del lecho y paseaba con sus zapatillas de cuadros por toda la casa. Le reconfortaba examinar sus discos, comprobar que estaban

todos. A veces, encendía la minicadena y Mozart se esparcía por la oscuridad del salón. Contemplaba los pocos cuadros que poseía, eso sí, todos buenos, nada de reproducciones; era muy satisfactorio convivir con el arte. Por fin, para finalizar el ritual, se encaminaba inexorablemente hasta su biblioteca. Allí, mientras la luna rielaba la barandilla del balcón, los visillos blancos y el jarrón con gardenias, él se paseaba entre aquellos amigos, acariciando sus lomos. Las noches eran para la lectura.

Otros preferían agregar a aquellas horas música, copas, luces y bullicio sin fin, pero él prefería velar entre los libros. Retrepado en su sillón de orejas, hojeaba novelas y poemarios elegidos al azar, solo por el gusto de sentirlos vivos entre sus dedos. Por fin, elegía alguna obra, y así, pasaba las noches de claro en claro, sumergido entre sus páginas.

En el despacho de la Facultad se encerraba durante horas para escribir. Los artículos científicos que le habían deparado una brillante trayectoria académica eran una empresa fácil de acometer. La creación, ah, eso es ya otra cosa. Lo seguía intentando, sin embargo. Ciertamente tenía siempre mucho trabajo: preparar las clases, las conferencias, atender a los alumnos, dirigir tesis. Se preguntaba si en su última clase había logrado transmitir la lírica soterrada del cuento, los significados posibles, la belleza inasible. Si él pudiera, además, volcar en sus escritos, todas sus emociones, junto con su sabiduría —acumulada en tantos años de docencia e investigación— y plasmar en cuartillas, por fin, ese texto que aunara dos géneros, que resultara a la vez cuento y poema, que ahondara en lo más profundo del ser humano, y que fuera capaz de elevar a sus lectores en pos de la Verdad, del conocimiento último... ¡Oh!



¡Qué colofón sería para toda una vida dedicada a la Literatura! Y al profesor se le humedecían los ojos, absorto ante los folios.

Nadie encontró nunca la obra en la que trabajaba Alas en ese momento, pero es de suponer que consiguiera su objetivo, porque un rato después, alumnos, profesores y conserjes se arremolinaban frente al segundo balcón, empezando por la derecha, de la fachada sur del edificio. Alguien dio la voz de alarma para congregarse allí a todo el mundo. Y no era para menos, porque no todos los días podía uno contemplar la asunción de don Alonso Alas.

Una luz mortecina de crepúsculo, el polen que vagaba por el aire, las flores de jacarandá, las caras asombradas de colegas y discípulos: eso es lo último que vio el profesor mientras era llevado en volandas hacia las alturas por sus admirados Julio Cortázar, Borges, Poe, Machado, Garcilaso, Valente y Juan Ramón Jiménez.